

## Alfredo

Alfredo estuvo toda su vida angustiado por el mal ajeno. Nadie padecía sin que él sufriera. Nadie se quejaba sin que él se doliera. Amigo aún de sus enemigos, nunca buscó pleitos, a pesar de que nunca le faltaron. Cuanto mas bien hacía, peor mal recibía. Sin embargo, su corazón era inquebrantable y nunca dejó que las circunstancias le impidieran amar a su prójimo. Un prójimo, muchas veces, mezquino que nunca supo apreciar su esfuerzo y dedicación al bien común o ajeno. Alfredo padeció de quienes debían haberle amado. Quizás por los celos, envidias o mezquindad que tanto abunda en la naturaleza humana de sus congéneres. Soportó no pocos pleitos, ataques personales y acoso continuo. Pero todo lo sobrellevó, no con estoicidad, sino con amor cristiano, que es mucho más profundo y genuino. Casi nunca recibió honores, aunque algunos hubieran querido expresárselos de alguna manera. No fue hasta que Dios le llamó a su presencia, y a su gloria, que muchos de quienes habían sido bendecidos con su vida, y con su obra, reconocieron su buen hacer. Lástima que Alfredo nunca oyera ninguno de los testimonios de gratitud que se oyeron en su funeral. Le habrían hecho mucho bien. Le hubieran aportado nuevas fuerzas para seguir adelante. Pero así es el ser humano. No reconoce a sus semejantes hasta que ya no están entre nosotros.

¿Hay algún Alfredo en tu entorno? Si es así, acércate a él y ten valor de reconocer su valía. El bien que te ha hecho. Porque así, también tú le harás bien a él.

1Corintios 16.18.

Pr. Nicolás García